

Dirigentes resaltan la vigencia que mantiene el partido

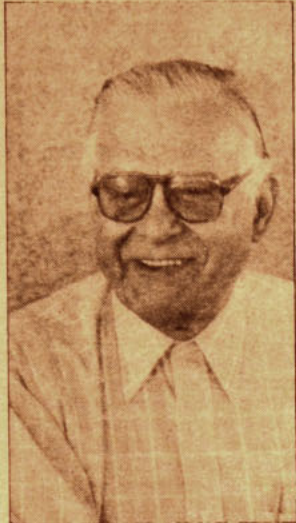
Aniversario del PDC: cuatro enfoques

Por un orden nuevo

RADOMIRO TOMIC

El Partido Demócrata Cristiano (PDC) fue el heredero directo de la Falange Nacional: de su concepción doctrinaria y de su visión de la realidad chilena. ¿Cuál fue el aporte esencial de la Falange Nacional en la política chilena? ¿Por qué y para qué fue fundada como expresión de la ansiedad patriótica de la generación católica joven en la década de los treinta? La respuesta fue tan clara entonces como debería continuar siéndolo ahora. Para dar forma a un nuevo compromiso de los laicos cristianos en la construcción de un *nuevo orden temporal* basado en los valores cristianos; valores cuyas auténticas exigencias son distintas y excluyentes a las del individualismo-capitalista y del marxismo-leninismo. ¿La meta en Chile? La sustitución de la racionalidad y de las estructuras de poder vigentes del capitalismo (realidad chilena) por una *democracia participativa*, una *sociedad comunitaria* y una *economía solidaria*. En otro plano, la validación del rol del Estado como promotor del bien común medido en el respeto efectivo a los derechos esenciales de la persona humana; la subordinación de la economía a la satisfacción de las necesidades básicas de toda la población, como factor condicionante principal; y del capital al trabajo organizado como el factor productivo determinante. Los *pueblos* hacen las naciones, sin perjuicio de reconocer el aporte indispensable del capital y los empresarios.

Fue en función de estos valores, metas y símbolos que la Falange Nacional obtuvo sus primeros tres diputados (1941) en Tarapacá, Valparaíso y Santiago. Que en 1954 (16 años después de su fun-



Radomiro Tomic.

dación) ganó la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile y dos años más tarde las federaciones de todas las universidades del país. Con esta visión de Chile y esta imagen proyectada ante la conciencia nacional, eligió 16 diputados en 1957; obtuvo la primera mayoría nacional en la senatorial por Santiago ese mismo año y luego en Valparaíso, en 1961, bajo el lema de *La patria joven*; y tres años más tarde, en 1964, la Presidencia de Chile con Eduardo Frei como abanderado; y en marzo de 1965, más de ochenta diputados y la mayoría absoluta en la Cámara.

El cambio de nombre respondió a dos factores circunstanciales concretos y razonables. El primero, la incorporación de la Federa-

ción Social Cristiana y de varios otros grupos políticos dispersos que se sentían afines y que adherieron a los enunciados básicos de la Falange Nacional. El segundo, el reconocimiento realista de que todos o casi todos los movimientos de raíz cristiana que en el mundo proclamaban su voluntad de ahondar en la fundamentación para avanzar hacia un orden nuevo y una nueva sociedad, se denominaban partidos demócrata cristianos o social cristianos. La singularidad del nombre —Falange Nacional— dificultaba la percepción de que compartíamos un patrimonio ideológico común en una hora del mundo que enfatiza la dimensión universal de los problemas humanos y sus soluciones.

No hay un sólo documento doctrinario del PDC disonante con el ideario y las definiciones básicas que dieron justificación ética y misión histórica a la Falange Nacional. Cincuenta años más tarde de la fundación de la Falange y 30 años después de la del PDC, se hace más claro que nunca antes la necesidad de rechazar la tentación de la mediocridad que consiste en ofrecernos como “mejores administradores del orden existente” (nadie sirve a las monarquías mejor que los monárquicos, ni al capitalismo mejor que los capitalistas). Lo que Chile necesita y espera a aún que antes, el portador de un orden nuevo —“más allá del capitalismo y del marxismo; más allá de derechos y de izquierdas”— como dijimos al país en la hora fundacional y como corresponde a lo que Chile necesita en su tragedia actual.

Una comunidad humana fraterna

GENARO ARRIAGADA

El régimen de Pinochet se ha caracterizado, entre otros errores, por una pasión irracional contra los partidos y dentro de ellos contra la Democracia Cristiana. Una de las medidas de su inmenso fracaso es que, en esta materia, como en tantas otras, ha arado en el mar. Los partidos políticos gozan de buena salud, y en especial la Democracia Cristiana. Es interesante destacar que el grado de destrucción institucional que ha infligido al país la dictadura, es mayor respecto de aquellas entidades que le son cercanas: Pinochet ha demolido el prestigio de instituciones claves de la República, como el Poder Judicial; el prestigio de las Fuerzas Armadas y de Carabineros o de la dignidad del cargo de Presidente de la República. La Democracia Cristiana, en cambio, en este verdadero naufragio institucional a que nos ha conducido Pinochet es uno de los islotes de tierra firme que desafía exitosamente el temporal.

Para mí, la DC es una comunidad humana fraterna. Un partido donde nuestras diferencias y polémicas —que afortunadamente las hay— se ven suavizadas por un sentido del respeto, de la tolerancia, de la amistad cívica que hace de nuestras luchas internas algo honorable.

Pero, también, la Democracia Cristiana es una organización fuerte y poderosa. Es emocionante ver que no hay pueblo de Chile donde no exista un núcleo DC, que tiene directiva, reuniones periódicas. Es notable, también, que en nuestra organización participan hombres y mujeres de las más diferentes clases sociales a los que une un mismo ideal de grandeza para nuestra nación.

Somos, también, una misma forma de convivencia abierta y democrática. A los partidarios del autoritarismo les suena a escándalo nuestras diferencias. A nosotros nos parecen signo de vitalidad y salud. Estamos distantes de quienes sueñan en partidos como ejércitos, con verticalismo, obediencia y disciplina militares; también de un partido como remedo de una iglesia, con ortodoxia, dogmas e inquisiciones.

Pero sobre todo, queremos ser una institución que no viva para sí, sino para servir. Hemos creado la DC para sumar nuestros débiles esfuerzos, que aislados no servirían para nada y construir de ese modo una gran fuerza política que pueda luchar contra las injusticias, contra la falta de libertad. Militar en el partido es una forma de servir.



Genaro Arriagada.

Proyecto político nacional y popular

ANDRÉS ZALDIVAR

Hace ya 30 años que la Democracia Cristiana nació como un movimiento político, que ofreció al país trabajar por la construcción de una sociedad fundada en los valores de la libertad, la justicia, la participación y la solidaridad.

Nuestra guía y norte serían los valores del humanismo cristiano.

Nuestra decisión era la de colaborar a construir, de la realidad histórica de Chile, una sociedad en que la persona humana fuera respetada en su dignidad, tanto en lo que se refiere a sus derechos cívicos fundamentales, como también en sus derechos económicos y sociales. Nuestro compromiso por la libertad y la historia hacia que proclamáramos nuestro rechazo en contra de todo régimen antidemocrático, ya se tratara de gobiernos fundados en las llamadas dictaduras del proletariado o en los llamados gobiernos autoritarios o dictaduras militares.

Nuestro desafío hace que la tarea nuestra sea más difícil y muchas veces incomprendida, porque emerge como una oferta que se distancia de las fuertes tradiciones políticas: Por una parte, de la individualista o libremercaderista, que pone énfasis en los resultados economicistas, abandonando la protección humana, e incluso aceptando limitar la libertad política y social para la implantación

de su modelo económico. Por otra parte, de la oferta marxista, que propone construir una sociedad sin clases, donde se logre la igualdad, pero exige como precio renunciar a la libertad de la persona, sometiéndola a ésta a la dictadura del partido o del Estado.

Nuestro proyecto político es “nacional y popular”. Nacional, porque nuestro partido ofrece una oferta a la cual están llamados todos los hombres, mujeres y jóvenes, sin distinción de clases sociales, razas o creencias. Sólo se exige como compromiso, el adherirse lealmente a los valores del humanismo cristiano. Popular, porque nuestra tarea en pos de la justicia social privilegia fundamentalmente a los más pobres, a los más perseguidos, a los que más necesitan la solidaridad social, sin que signifique ello ser excluyentes de los demás. Al contrario, es obligación el provocar la integración nacional de todos los sectores, eliminar las causas del odio y las divisiones. Trabajar lealmente por la permanente reconciliación de los chilenos.

Estas razones de existencia de la DC, que le han valido un fuerte respaldo en la comunidad nacional, a pesar de los errores o fallas que hemos cometido, nos dan plena vigencia tanto hoy como en el pasado. 30 años no han sido en vano. A pesar de las persecuciones, represiones y marginaciones



Andrés Zaldivar.

y que han sufrido miles de militantes. Han podido mutilarnos el cuerpo del partido, pero no nuestra alma. Hoy se renueva nuestra convicción fundacional: nuestra tarea es trabajar junto a todos los demócratas por permitir que Chile retorne a lo que le corresponde por su historia: ser un país democrático, donde impere la libertad y la justicia, en un pueblo solidario y reconciliado.

Un partido por la justicia

CLAUDIO HUEPE

Odiaba la injusticia, y como sucede con todos aquellos que así sienten, poco a poco empezó a actuar en política. Así se refiere Heinrich Boll a un personaje de una de sus novelas. Así nos ocurrió a muchos durante nuestra adolescencia. Al observar el mundo en que vivíamos y ver sus grandes injusticias, empezamos a interesarnos por la acción política, en consecuencia por los partidos.

Surgía naturalmente la reflexión acerca de dónde era posible que los jóvenes de inspiración cristiana pudiéramos encauzar ese interés. Afortunadamente, 20 años antes un grupo de jóvenes movidos por las mismas inquietudes habían formado la Falange Nacional.

Allí estaba el instrumento nacional que nos permitía ser participantes del gran desafío de luchar contra esas odiosas injusticias.

Era un partido pequeño, con mística. Sus principales líderes gozaban del respeto y admiración de la gran mayoría de los chilenos por su capacidad intelectual y por su testimonio moral.

En estos días, al cumplirse treinta años de la fundación del PDC, es bueno recordar esto, no para quedarnos mirando el pasado, sino para ver qué vigencia tiene el mensaje de transformación social que dio origen a este partido y qué fuerzas tiene como instrumento de cambio.

Esos son los grandes desafíos de



Claudio Huepe.

estos días: primero, mantener al PDC como instrumento eficiente para construir una sociedad distinta, lo que pasa por recuperar la democracia, y en segundo lugar, no perder nunca de vista el objetivo final.

Nuestro fin último no puede ser sólo mantener a la DC como la principal fuerza política de Chile, sino fundamentalmente preguntarnos cada día qué tenemos que hacer para que las ideas que le dieron origen se encarnen en el proyecto de buscar una sociedad más justa.